

DON JUAN ZARAGUETA

## Don Juan Zaragüeta

*(Con motivo de la celebración de varios actos en su honor al cumplirse el LXXX aniversario del nacimiento.)*

por el Académico de número

Excmo. Sr. don Carlos Ruiz del Castillo.

La personalidad de D. Juan Zaragüeta tiene, como corresponde a toda personalidad curtida en varias disciplinas, múltiples aspectos.

Pero cuando tratamos de identificar el carácter de una persona —el carácter como un todo unitario, que está por encima de la variedad de las características—, lo hacemos configurando, mediante los rasgos enérgicos del perfil, lo que hay de saliente y totalizador en la personalidad.

En D. Juan Zaragüeta, los múltiples aspectos de su obra, como teólogo, filósofo, pedagogo y periodista, entre otros, están enlazados y unificados por un sentido académico. Este es el estilo, la unidad formal de su producción y de su conducta.

Hay, en efecto, un modo de ser y de pensar académico, que no se confunde ni con la docencia ni con la investigación, aunque sea, naturalmente, como en el caso presente, compatible con estas actividades.

El Académico es la decantación de un modo peculiar de pensar, de exponer y aun de comportarse socialmente. Está en la línea de la coherencia y la armonía clásicas. Las esencias de que se nutre el Académico pueden ser libadas en la flora inmensa de las especialidades del pensamiento, pero están siempre bañadas totalmente por una luz de serenidad e inmersas en el augusto reposo del equilibrio intelectual y del orden moral.

Así, el Académico propende a encarnar un tipo social tanto como un modo de la inteligencia: un sentido constructivo, que no trata de ade-

lantarse al tiempo, pero que tampoco se desvincula de él. Simplemente, construye con los materiales que el tiempo ofrece, sedimenta en la experiencia cualquier adquisición y le imprime cuño de autoridad y de vigencia.

Le cuadra a D. Juan no sólo ser Académico —podemos decir que desde los primeros pasos que dio por la vida intelectual se veía en él más que al Académico presunto, al Académico nato—, sino ser Secretario perpetuo de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Se enaltece a los Académicos considerándolos “inmortales”. Esto significa, sencillamente, que los hombres, conscientes de su contingencia, aspiran a salvar los símbolos en que proyectan las mejores y constantes calidades del espíritu. La hipérbole de inmortalidad acuña un ansia de perpetuación que, más que tributo rendido a la personalidad, es homenaje tributado a la Cultura, en su sentido de fundación y de perpetuidad.

El cargo vitalicio prefigura la propia perpetuidad institucional, por una parte, y anticipa en el tiempo, por otra, la consagración que pretende asumir el carácter intemporal de lo eterno.

Pero el cargo no es sólo honor, sino servicio. Lo atestigua la vida académica de D. Juan Zaragüeta: asiduo insuperable a las Juntas de la Academia, en las que presenta y glosa incesantemente las propias producciones; buscador de temas para la discusión y el comentario; expositor de sus singladuras intelectuales por Asambleas y Congresos; noticiero de todo acontecimiento intelectual, de toda corriente de pensamiento que se inicia; catador de las obras que por sus calidades, y no por la acumulación ni por la mera novedad, enriquecen el caudal bibliográfico.

Pero en los homenajes que han sido tributados a D. Juan es más importante que el recuento de adhesiones, por calificadas que éstas sean, el contenido de la dedicación. Formar, como han formado, el Instituto “Luis Vives” y la Sociedad Española de Filosofía, un ramillete de trabajos del propio autor, a quien se enaltece, y ofrecérselo en reconocimiento de la importancia y de la actualidad que comportan, es dar a la ofrenda un auténtico carácter de biografía intelectual y de reconocimiento de la autoridad —que viene de autor, no lo olvidemos— de un magisterio.

No es necesario aquí ensalzar la obra, porque el mejor homenaje a la obra es la obra misma.